

habría terminado obscura y ridículamente en una prisión. El Vicepresidente aceptó el apoyo del Gobierno y Estado de Guanajuato, se trasladó á él, y en cuanto la reelección fué proclamada en México, expidió un manifiesto asumiendo el poder, cuyos títulos legales habían abandonado, al infringir la Constitución, el Presidente y la Cámara de representantes. Esto era inusitado, singular en supremo grado, y respondía con un hecho,—obra de un magistrado que por él no perdía su investidura,—á otro hecho autorizado por otro magistrado que no podía renovar sus funciones sino dentro de la Constitución y que había salido de ella. Al concluir el período legal del Presidente Lerdo, nada podía quedar del poder ejecutivo sino un título intacto, el del Vicepresidente de la República.

La actitud del presidente de la Corte produjo un inmenso desconcierto, de donde surgió el triunfo de la Revolución. Para el señor Iglesias era esto seguro, nunca dudó de él y sabía y decía que no contaba con el éxito personal; al contrario, presentía que su obra sería absolutamente adversa á su interés, que su actitud sería discutida con rabia y pasión indesarmables, que era un calvario, así decía, el que para él empezaba; lo que no era capaz de hacerlo desistir de un propósito. Pretendía, y esto sí fué vano empeño, poner un puente á la revolución para constitucionalizarla; la revolución logró el éxito gracias á la actitud del señor Iglesias, que paralizó la acción del gobierno central, y luego se desembarazó de su involuntario, pero formidable colaborador. Era otro orden de cosas, era otro orden de ideas.

Desde la aparición del señor Iglesias en Guanajuato, todo fué muy rápido. El ejército del Interior, destinado á reforzar al que estaba llamado á exterminar la rebelión en las sierras, se detuvo en torno del nuevo Estado en armas y se fué desmoronando en todas sus vanguardias, que se unían á las fuerzas de Guanajuato. Y no sólo esa fracción del ejército, sino todo él, desorientado por el manifiesto de Salamanca y minado por la opinión, vacilaba; la mayor parte de sus jefes resolvieron que, pasado el último día del período legal del señor Lerdo, se agruparían en torno del Vicepresidente.

En vano con los cambios de gabinete y la promoción de medidas de alta energía en México se trató de conjurar el peligro. Las dos grandes porciones armadas de la revolución se reunieron en los campos de Tecuac, por encima de las tropas del Gobierno, deshechas en sangrientos pedazos, y pronto se adueñaron de la capital, de donde salió para el extranjero el señor Lerdo. Entonces la marcha victoriosa del ejército revolucionario, acaudillado por el general Díaz, fué incontenible: un instante pareció detenerse ante el derecho claro del Vicepresidente, pero dictando condiciones que no pudo aceptar la estoica entereza del señor Iglesias; luego, arrollándolo todo á su paso, continuó su marcha hasta el Pacífico. Al amanecer el año de 1877, la revolución tuxtepecana era dueña del país.

III

El país estaba desquiciado; la guerra civil había, entre grandes charcos de sangre, amontonado escombros y miserias por todas partes; todo había venido por tierra; abajo, para el pueblo rural se había recrudecido *la lepra*, una de las enfermedades endémicas del trabajo mexicano (las otras son el alcohol y la ignorancia), que dispersaba al pueblo de los campos en el ejército, como carne de cañón; en la guerrilla, como elemento de regresión á la vida de la horda salvaje, y en la gavilla, la escuela nómada de todos los vicios antisociales. El pueblo urbano ó en las fábricas, paradas por el miedo á la guerra ó por la inutilidad de producir para mercados atestados, ó en los talleres sin ocupación, de las ciudades, se entregaba á la holganza ó se escapaba rumbo á *la bola* ó se dejaba llevar en cuerda al cuartel. La burguesía, exprimida sin piedad ó por los régulos locales ó por los gobiernos en lucha, escondía su dinero y retraía sus simpatías; había visto la caída del gobierno central con gusto (exceptuando en dos ó tres Estados en que el lerdismo significaba la emancipación de odiadas tiranías locales); pero había sido indiferente á la tentativa del señor Iglesias, que le parecía una sutileza constitucional con todas las apariencias de un pronunciamiento de abogados y literatos, y se sentía asaltada de celos y temores hondos ante aquella masa heterogénea de apetitos insaciables, de resentimientos implacables y de intereses inconfesables, señoreada de la República con el nombre de *revolución tuxtepecana*, en que se habían resumido todos los elementos de

desorden removidos por la guerra civil. Creía en la buena fe del jefe de la revolución, creía en su probidad, pero lo suponía, entonces como antes, irremediamente subalterno á las ambiciones muy enérgicas, pero muy estrechas, de un grupo de sus consejeros; y si le concedía dotes administrativas, persistía en negarle dotes políticas; este hombre, se repetía en los grupos urbanos, en nuestra guisa familiar de condensar las opiniones, este hombre *no sacará al buey de la barranca*.

Eso era la sociedad. Los factores oficiales eran pésimos: el ejército federal que, desorientado, perplejo, descontento de sí mismo, se había dividido entre las dos banderas que se apellidaban constitucionales, pero que en su inmensa mayoría se había mantenido fiel al deber, ahora ingresaba en masa en el ejército de la victoriosa revolución y se sentía humillado, comprimido, impaciente, pronto á sacudir lo que reputaba una cadena y un yugo; sus principales jefes, ó lo habían abandonado, ó veían desdeñosos la turba que los rodeaba con el secreto deseo del desquite. El tropel revolucionario se disponía á despojar al ejército legal de todos sus grados y prerrogativas y lanzarlo á la calle desarmado, desnudo y castigado, y exigía del jefe de la revolución este botín de guerra.

En cuanto á la falange burocrática, mínimamente pagada, cuando lo estaba, apenas cumplía con su deber; hacia la censura despiadada de las costumbres y la ignorancia de los vencedores, organizaba la gran conspiración inferior de los servidores infieles, ó desertaba; los jefes improvisados del gobierno efímero que había surgido de la revuelta, solicitaban públicamente empleados para los puestos administrativos y solían recibir despectivas repulsas.

En el exterior, las peripecias y el final de la guerra civil habían causado una penosa impresión. Estaba probado; México era un país ingobernable, los Estados Unidos debían poner coto á tanto desmán, ya que Europa era impotente para renovar la tentativa. Los sociólogos nos tomaban como ejemplo de la incapacidad orgánica de los grupos nacionales que se habían formado en América con los despojos del dominio colonial de España, y el ministro de los Estados Unidos asumía una actitud de tutor altivo y descontento ante el ejecutivo revolucionario.

La Constitución había quedado sepultada bajo los escombros de la legalidad: las reformas que la revolución había proclamado eran netamente jacobinas: ni Senado ni Reelección, es decir, omnipotencia de la Cámara popular, debilitación del Poder Ejecutivo por la forzosa renovación incesante de su jefe. Quedaba la Corte para proteger el derecho individual. Pero, ¿cuándo un tribunal ha servido de valladar positivo al despotismo del poder político, si ese tribunal está también sometido á la elección popular, perennemente suplantada en México por los prestidigitadores oficiales?

Y para colmo de inconvenientes, la prensa, ó hacía cruelmente la oposición, ó regañaba y aleccionaba incesantemente al Gobierno cuando le era adicta, convergiendo ambas en la exigencia del cumplimiento estricto de las promesas de los planes revolucionarios, entre las que dos descollaban como supremas aspiraciones del país: el respeto al sufragio libre, es decir, el abandono de las elecciones locales y generales á los gobernadores y sus agentes, y la abolición del impuesto del *timbre*, promesa popularísima, cuyo cumplimiento equivaldría al suicidio financiero de la administración.

El deseo verdadero del país, el rumor que se escapaba de todas las hendiduras de aquel enorme hacinamiento de ruinas legales, políticas y sociales, el anhelo infinito del pueblo mexicano que se manifestaba por todos los órganos de expresión pública y privada de un extremo á otro de la República, en el taller, en la fábrica, en la hacienda, en la escuela, en el templo, era el de *la paz*. Ese sentimiento fué en realidad el que desarmó la resistencia del Vicepresidente de la República, á pesar de su autoridad constitucional. Nadie quería la continuación de la guerra, con excepción de los que sólo podían vivir del desorden, de los incapaces en cualquiera situación normal. Todo se sacrificaba á la paz: la Constitución, las ambiciones políticas, todo, la paz sobre todo. Pocas veces se habrá visto en la historia de un pueblo una aspiración más premiosa, más unánime, más resuelta.

Sobre ese sentimiento bien percibido, bien analizado por el jefe de la revolución triunfante, fundó éste su autoridad; ese sentimiento coincidía con un propósito tan hondo y tan firme como la aspiración nacional: hacer imposible otra revuelta general. Con la consecución de este propósito, que consideraba, ya lo

dijimos antes, como un servicio y un deber supremo á un tiempo, pensaba rescatar ante la historia la terrible responsabilidad contraída en dos tremendas luchas fratricidas: la sangre de sus hermanos le sería perdonada si en ella y de ella hacía brotar el árbol de la paz definitiva.

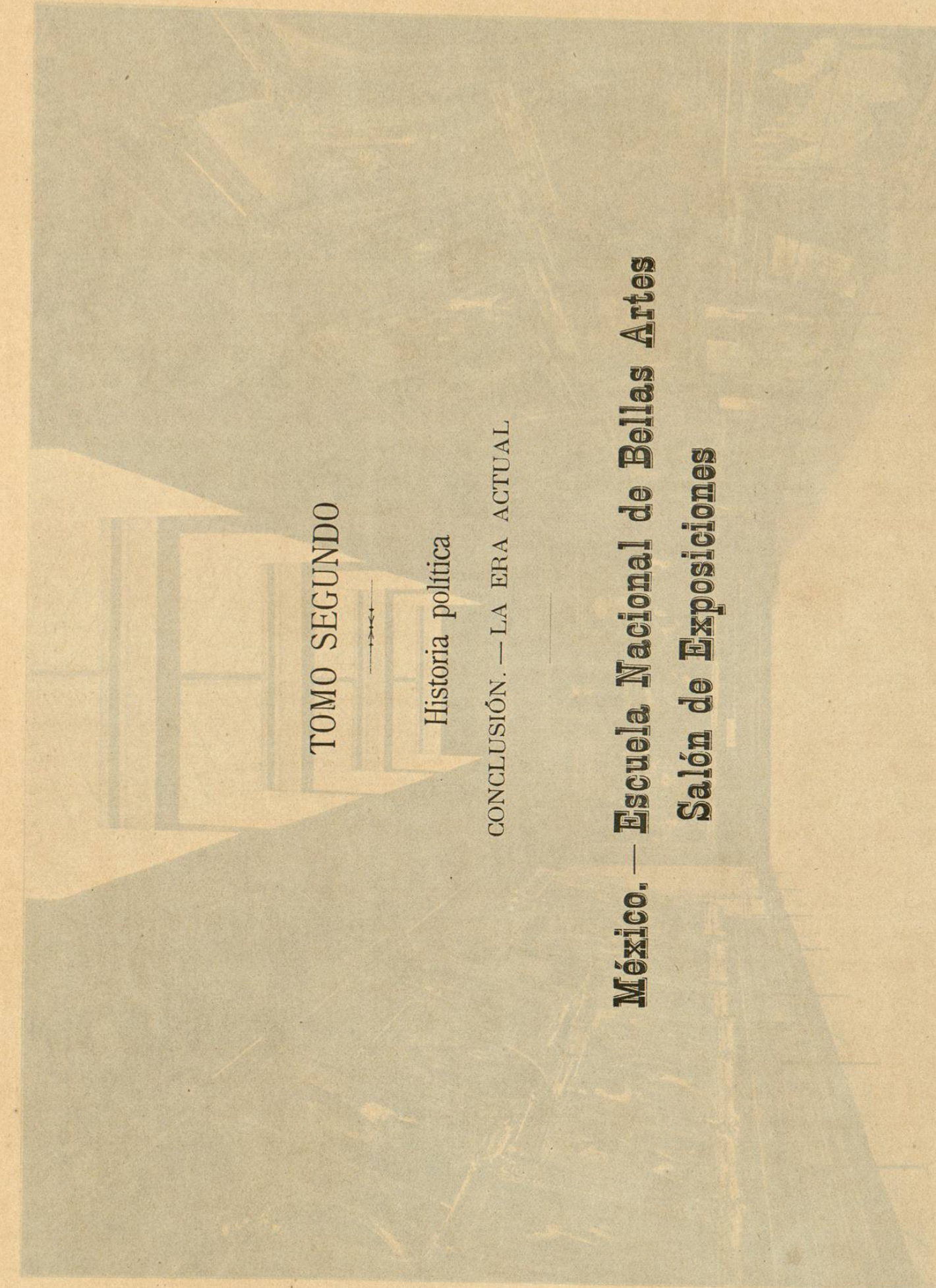
Complicar en esa obra, que parecía irrealizable ensueño, todos los intereses superiores é inferiores, era el camino para lograrla; el caudillo creía que para eso era preciso que se tuviera fe en él y que se le temiera. La fe y el temor, dos sentimientos que, por ser profundamente humanos, han sido el fundamento de todas las religiones, tenían que ser los resortes de la política nueva. Sin desperdiciar un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá ha marchado durante veinticinco años el Presidente Díaz; ha fundado la religión política de la paz.

A raíz de la desaparición del estado legal, parecía imposible la vuelta á un régimen normal; todos, lo repetimos, fiaban en la energía, en el ascendiente, en la rectitud del caudillo triunfante; nadie le suponía verdaderas aptitudes políticas y de gobierno; si se seguía con interés la marcha de tres de sus consejeros, los tres oráculos del gobierno nuevo (los señores Vallarta, Benítez y Tagle); á éstos se concedía mucho talento, pero mucha pasión. La vuelta al orden constitucional era el primer paso político; urgía para ello reconstituir los órganos legales del Gobierno. Sólo un poder había sido respetado á medias, la Suprema Corte de Justicia; para los demás era precisa la renovación.

Una elección hecha bajo los auspicios de las autoridades revolucionarias y en medio de la abstención real del país político, dió, si no legitimidad, sí legalidad al Caudillo; fué Presidente de la República: su acción fué más desembarazada y más firme. Pero al mismo tiempo se dibujó bien el peligro; los partidarios del presidente derrocado, explotando el prestigio de nombres venerados en el ejército, promovieron, fuera y dentro del país, conspiraciones que en todas partes chispeaban conatos de incendio, para el cual había en todas partes inmenso combustible acumulado. Los amagos exteriores en la frontera americana, fueron neutralizados á fuerza de buena suerte: todos se condensaron dentro, y, á punto de estallar en terrible conflagración, fueron apagados en sangre: el siniestro estaba conjurado. La emoción fué extraordinaria: hubo protestas y dolor; muchos inocentes parecían sacrificados, pero la actitud del Presidente sorprendió; el *temor*, gran resorte de gobierno, que no es lícito confundir con el terror, instrumento de despotismo puro, se generalizó en el país. La paz era un hecho: ¿sería duradera?

En este país, ya lo dijimos, propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman sólo están separadas entre sí por los movibles aledaños del dinero y la *buen educación*; aquí no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores. En éstos comprendemos lo que podría llamarse una plebe intelectual. Esta plebe, desde el triunfo definitivo de la Reforma, quedó formada: con buen número de descendientes de las antiguas familias criollas, que no se han desamortizado mentalmente, sino que viven en lo pasado y vienen con pasmosa lentitud hacia el mundo actual; y segundo, con los analfabetas puros. Ambos grupos están sometidos al imperio de las supersticiones, y, además, el segundo, al del alcohol; pero en ambos la burguesía hace todos los días prosélitos, asimilándose á unos por medio del presupuesto, y á otros por medio de la escuela. La división de razas, que parece complicar esta clasificación, en realidad va neutralizando su influencia sobre el retardo de la evolución social, porque se ha formado entre la raza conquistada y la indígena una zona cada día más amplia de porciones mezcladas que, como hemos solido afirmar, son la verdadera familia nacional; en ella tiene su centro y sus raíces la burguesía dominante. No es inútil consignar, sin embargo, que todas estas consideraciones sobre la distribución de la masa social serían totalmente facticias y constituirían verdaderas mentiras sociológicas, si se tomaran en un sentido absoluto; no, hay una filtración constante entre las separaciones sociales, una ósmosis, diría un físico; así, por ejemplo, la burguesía no ha logrado emanciparse ni del alcohol ni de la superstición. Son estos microbios socio-patogénicos que pululan por colonias en donde el medio de cultivo les es propicio.

Esta burguesía que ha absorbido á las antiguas oligarquías, la reformista y la reaccionaria, cuyo génesis hemos estudiado en otra parte, esta burguesía tomó conciencia de su ser, comprendió á dónde debía



TOMO SEGUNDO

Historia política

CONCLUSIÓN. — LA ERA ACTUAL

México. — Escuela Nacional de Bellas Artes
Salón de Exposiciones